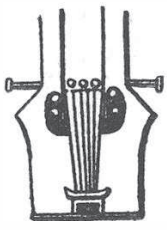
ADIOS

DULCEMENTE, como ni nada,
me voy muriendo cada día.
Le digo adiós al alba, luego
a la tarde que se termina.
Adiós al agua que corre
y que jamás es la misma,
adiós al pájaro que pasa,
al fuego que ya es ceniza.
Adiós, adiós... No acaba nunca
la monstruosa despedida.
Sobre mi piel, tan suavemente,
van deshojándose los días
y cada vez que me despierto
me encuentro más envejecida.

Adiós, adiós... Y no me lloro.
Me he acostumbrado a esta agonía.



SUSANA MARCH